

Domingo 31 del Tiempo Ordinario (Ciclo A)

Commemoración de los fieles difuntos (Puede optarse por otros textos)

(Textos Bíblicos web Archidiócesis de Valencia.)

Fecha:02/11/2008

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera Lectura: Sap 3, 1-9

La vida de los justos está en manos de Dios, y no los tocará el tormento.

La gente insensata pensaba que morían, consideraba su tránsito como una desgracia, y su partida de entre nosotros como una destrucción; pero ellos están en paz.

La gente pensaba que cumplían una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad; sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes favores, porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí; los probó como oro en crisol, los recibió como sacrificio de holocausto; a la hora de la cuenta resplandecerán como chispas que prenden por un cañaveral; gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente.

Los que confían en él comprenderán la verdad, los fieles a su amor seguirán a su lado; porque quiere a sus devotos, se apiada de ellos y mira por sus elegidos.

Salmo Responsorial: Sal 22, 1-3. 4.5.6

R. El Señor es mi pastor, nada de falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre. R.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. R.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. R.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. R.

Segunda Lectura: Cr 15, 20-26

Hermanos:

Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos.

Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después, cuando él vuelva, todos los que son de Cristo; después los últimos, cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino.

Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies. El último enemigo aniquilado será la muerte.

Evangelio: Jn 17, 24-26

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró, diciendo:

—«Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo.

Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté con ellos, como también yo estoy con ellos.»



CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS: Jaime Sancho Andreu

Este año pueden celebrar bien todos el conjunto que forman las celebraciones del 1 y 2 de Noviembre, días dedicados, el primero de ellos, a pedir la intercesión de todos los santos, y el segundo a pedir por la salvación eterna de aquellos "cuya fe sólo Dios conoce" y que habiendo dejado este mundo, todavía están en un proceso de purificación o purgación de sus pecados. Día de fiesta, pues, seguido de otro de penitencia y oración por los difuntos.

El sentido de esta conmemoración.

Como nos enseña hoy san Pablo: Jesucristo nos salva de la muerte eterna cuando nos incorpora a su propia vida mediante los sacramentos de la iniciación cristiana. El Bautismo nos ha unido al misterio de su muerte y resurrección y esta incorporación llegó a su perfección mediante la Confirmación y la Eucaristía. Ahora nuestro destino está unido al de nuestro Salvador, en la muerte y en la vida.

Por ello nos preguntamos qué sentido tiene rezar por los que ya hace mucho tiempo que murieron, o por los que no conocemos, pero hemos de pensar que para Dios todo está siempre presente, de modo que en realidad pedimos por la salvación de las personas en el momento de la muerte, y por el alivio de su estado de purificación, aunque éste ya haya concluido.

Los medios de comunicación nos dan a conocer gran número de muertes, de cristianos o de otras religiones. Deberíamos acostumbrarnos a rezar por todos ellos, para no acostumbrarnos o insensibilizarnos ante tanta desgracia y tantos crímenes y a encomendarlos a la misericordia de Dios con nuestras oraciones

La palabra de dios en esta festividad

Las lecturas se toman de las misas de difuntos en los leccionarios V y VIII. Se propone, como ejemplo, esta selección de textos:

Primera lectura y Evangelio Isaías 25, 6a. 7-9 y Juan 6, 37-40: Los profetas anunciaron un tiempo futuro en el que el destino del hombre no terminaría en la muerte, sino que se abriría a una vida nueva, fruto de la salvación obrada por Dios por medio de su Mesías. Este Salvador fue Jesucristo, que reparó la ofensa del pecado con su obediencia y quiere guardar para la vida eterna a todos aquellos que se le acercan con fe.

Segunda lectura. Romanos 6, 3-9: Jesucristo nos salva de la muerte eterna cuando nos incorpora a su propia vida mediante los sacramentos de la iniciación cristiana. El Bautismo nos ha unido al misterio de su muerte y resurrección y esta incorporación llegó a su perfección mediante la Confirmación y la Eucaristía. Ahora nuestro destino está unido al de nuestro Salvador, en la muerte y en la vida.

REFLEXIÓN DE J.A. PAGOLA

(...) La liturgia cristiana nos revela cuál es la actitud de los creyentes ante la muerte de nuestros amigos y hermanos.

La Iglesia no se limita a asistir pasivamente al hecho de la muerte ni tan sólo a consolar a los que quedamos aquí llorando a nuestros seres queridos. Su reacción espontánea es de solidaridad fraterna hacia el difunto.

La comunidad cristiana rodea al que muere, pide por él y le acompaña con su amor y su plegaria en ese misterioso encuentro con Dios. Ni una palabra de desolación o de rebelión, de vacío o duda. En el centro de toda la liturgia por los difuntos, sólo una oración de confianza: "En tus manos, Padre de bondad, encomendamos el alma de nuestro hermano".

Es como si dijéramos a ese ser querido que se nos ha muerto: "Te seguimos queriendo, pero tú te vas y tu partida nos entristece. Sin embargo, sabemos que te dejamos en mejores manos. Esas manos de Dios son un lugar más seguro que todo lo que nosotros te podemos ofrecer ahora. Dios te quiere como nosotros no hemos sabido quererte. En El te dejamos confiados".

Esta confianza que llena el corazón de los creyentes de paz y esperanza ante la muerte de nuestros seres queridos no es un sentimiento arbitrario, sino que nace de nuestra fe en Jesucristo resucitado: "Recuerda a tu hijo a quien has llamado de este mundo a tu presencia. Concédele que así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con él la gloria de la resurrección".

Todo esto puede parecer inaceptable a muchos que se acercarán hoy al cementerio a depositar unas flores y recordar experiencias vividas aquí con sus seres queridos. Como decía K. Rahner, hay cosas que sólo podemos vivir "si tenemos un corazón sabio y humilde y nos acostumbramos a ver lo que está sustraído a la mirada del superficial y del impaciente".